

HOTELES

M. M. Castellano



Image not found.

Capítulo 1

HOTELES

¡Oh, los hoteles! Lugares tan maravillosos a la par que inasequibles para la gente de a pie. Bueno, ante esta afirmación muchas personas pensaréis: «En realidad hay ofertas para todos los bolsillos, esta chica exagera». Sin embargo, resulta que, a mi parecer, no todo establecimiento que cuente con una recepción y con camas puede incluirse en la categoría de hotel. Aquí somos muy elitistas.

Para empezar, unos de los requisitos que considero indispensables para un hotel pueda ser calificado como tal es contar con una puerta giratoria a la entrada. Eso es así. No hay nada mejor que iniciar tu estancia con un buen subidón de adrenalina para ver en qué momento te atreves a dar el paso. «Joder, qué rápido va este invento del diablo. A ver si me voy a caer y me arrastra, o si la maleta se queda encajada en algún movimiento en falso y haga el ridículo». Nota: ya hacemos el ridículo desde el momento en que nos plantamos frente a la puerta y no somos capaces de avanzar.

La segunda condición para entrar en mi ranking es la recepción. En ella debe haber al menos tres personas, a cual de ellas más sonriente. Que haya donde elegir. Y una vez que te atienda, es necesario que me trate de usted. Me da igual ser más joven (es lo habitual puesto que una servidora aun es una chavalita). Ojo, que yo también utilizaría la forma de usted para referirme al recepcionista. Que ya se me habrá tachado de gilipollas al exigir un tratamiento determinado. Y es que creo que se está perdiendo la costumbre de utilizar esa fórmula de trato formal para interactuar con desconocidos y me niego rotundamente. Por aquí ya habrá alguien que piense algo como: «Pero en los hoteles debes sentirte como en casa y el tuteo es más cercano». Mirad, en mi humilde morada no tengo que hacer entrega del DNI ni pagar a la entrada, así que los tuteos los dejamos para las cervezas del mediodía.

Una vez pasado el ritual del *check-in*, llega el momento buscar la habitación. Tercer requisito: espero ver que al menos hay ocho plantas en el panel del ascensor. Si hay comunidades de vecinos más numerosas que el edificio, no es un hotel. Yo quiero perderme mientras recorro los pasillos. Quiero ver mucha gente. Quiero personas de negocios con su maletín. Quiero familias. Quiero extranjeros. Quiero individuos solitarios. Quiero excursiones del imsero. Quiero conferenciantes. Y exijo que el hotel tenga cabida para todas esas personas al mismo tiempo.

Cuando encuentro mi habitación 40 minutos después y abro la puerta con la dichosa tarjetita que casi siempre da problemas, comienza la exploración. Necesito comprobar el nivel de limpieza a toda costa. Empiezo por el baño, el lugar más complicado. Bolsa de la papelería vacía,

cinta de desinfección en el WC, nada de polvo en el filo de la ventana y toallas en tono blanco nuclear. Todo correcto.

Pasemos al dormitorio. Cajones del armario vacíos por completo, brillo en el suelo (incluido debajo de la cama y detrás del escritorio) y sábanas sin mancha alguna, por minúscula que sea, ni siquiera en la parte ajustable al colchón. Menuda gozada. Todo alojamiento que pase este control, entra sin ninguna duda en mi lista de hoteles.

Si se diera el caso, que alguna vez ha sucedido, de que me encontrara alguna mancha microscópica en la almohada, automáticamente mi estancia pasa a convertirse en una pesadilla. Vamos, que ya me han dado el viaje. Mi primera reacción es alejarme a toda velocidad y comenzar a hacer conjeturas sobre su composición. Y lo que empieza como una teoría que imagina a alguien comiendo en la cama y que roza ligeramente la almohada con la mano manchada del ketchup de las patatas del McDonalds, no queráis saber cómo termina. Os lo resumiré: conmigo durmiendo en la bañera.

Y es que, además, yo no soy una de esas personas que acuden a recepción para quejarse enérgicamente. Soy demasiado tímida y cobarde para eso. No me atrevo. Eso sí, pasadas dos semanas y una vez tenga la certeza de que no recuerdan mis rasgos faciales, no me corto a la hora de ponerles una baja puntuación en Booking. Que yo no me ando con chiquitas.

En fin, relajémonos y continuemos con otras de las condiciones que considero indispensables, esta vez las que están relacionadas con los servicios del hotel. En concreto yo me quedaría con tres: piscina, gimnasio y desayuno. En primer lugar, para que un alojamiento pueda ser catalogado como hotel debe tener, al menos, una piscina. Es cierto que si voy en invierno y la piscina es exterior, bañarse no apetece mucho, pero gusta saber que está ahí para compartirlo en Instagram.

Con el gimnasio ocurre lo mismo. A ver, es poco probable que me apetezca hacer ejercicio durante los días que paso fuera de casa, donde ya tengo montado el mío y seguramente con mejores instalaciones, ya que utilizo el cajón del mueble de debajo de la televisión como almacenaje para mancuernas varias. Sin embargo, siempre es bueno saber que no puedo poner como excusa de mi inactividad física a la falta de infraestructura.

Y ahora el plato fuerte, nunca mejor dicho, que es el desayuno. La primera comida del día y la más importante. Aunque ahora esta cuestión esté sometida a debate. En cualquier caso es en la que más nos solemos permitir todo tipo de excesos porque "tenemos todo el día para quemarlo". Por ello considero estrictamente necesario que sea estilo bufé. Así, una vez hemos confirmado esta modalidad tras mirar una y otra vez

en las condiciones de la reserva, después hay que analizar el tipo de oferta que vamos a encontrar cuando bajamos a desayunar durante la estancia. Si únicamente se ofrece pan de molde para las tostadas, no es un hotel. Si el yogur se sirve en los mismos vasitos de plástico (plástico = caca) que venden en el supermercado, tampoco es un hotel. Lo mismo ocurre si la fruta no está cortada y dispuesta en una bandeja. Tres cuartas partes de lo mismo si no hay dispensadores de cereales, sí, esos que nunca sabes utilizar. Por supuesto que tampoco es un hotel si no hay bollería recién hecha y los típicos huevos revueltos. Y ya directamente si no hay aguacate ni tomate natural rallado para las tostadas, huye.

Voy a dar por finalizada esta pequeña muestra de los requisitos que considero que se deberían tener en cuenta a la hora de desembolsar importantes sumas de dinero en unos lugares donde, sin conoceros lo más mínimo, pretenden que os sintáis como en casa. Partiendo de esta base, puesto que yo soy la reina de mi casa, o al menos eso es lo que me han hecho creer a lo largo de los años, exijo sentirme de la misma manera cuando tengo que pasar estancias fuera de ella. Vosotros deberíais hacer lo mismo. No obstante, si vuestro bolsillo se encuentra en las mismas condiciones que el mío, quedaros en un hostel, que tampoco se está mal del todo.